

PIERRE BOURDIEU, *Autoanálisis de un sociólogo*. Barcelona, Anagrama, 2006.

Van a cumplirse cinco años del fallecimiento de Pierre Bourdieu, lo que no parece obstáculo para que sigan apareciendo nuevos textos firmados por el propio autor, además de la numerosa cantidad de títulos que, sobre la obra de este autor y como si se tratase de un trabajo y una trayectoria lineales y unitarios, siguieron inmediatamente a su muerte. Abordaje de su obra y, sobre todo, de su protagonismo público que siguen dividiendo al país, pues es una cuestión principalmente francesa, y a la profesión sociológica, en dos: a favor y en contra de Bourdieu. Desde esfuerzos analíticos en la primera tendencia¹, hasta crítica merecedora de estar en alguno de los programas basura de nuestra televisión². Entre tantas voces

ajenas, volver de nuevo a la del propio sujeto para hablar de sí mismo, se convierte en una especie de respuesta anticipada con la rotundidad que adquiere siempre la voz del acusado. El único legitimado para hablar de intenciones. Aunque sea para hablar de las intenciones de la sociología.

Justificado como necesidad personal, *Autoanálisis de un sociólogo* es una justificación de la sociología. Junto al porqué «me hice sociólogo», pueden leerse las bases estructurales y político-académicas, al menos para Francia, de la disciplina, hasta hacer de la misma una exigencia personal y, a la vez, social. Y, por ello mismo, es, sobre todo, la justificación de una manera de comprender la sociología. Así, las evocaciones personales, las descripciones emocionales y, en definitiva, una narración repleta de regresiones y vueltas atrás, se convierten en propuesta normativa, una vez más en este autor, del oficio de sociólogo. Su contenido fuerte es el fundamento epistemológico de la sociología. Toda sociología es una sociología de la sociología y, por lo tanto, una sociología del cono-

¹ Véase, como simple ejemplo, el texto dirigido por Bernard Lahire, *Le travail sociologique de Pierre Bourdieu*, París, La Découverte, 1999 (1ª ed.) y 2001 (2ª ed.), o el de quienes se instituyen como postbourdianos, como Philippe Corcuff, *Bourdieu autrement. Fragilités d'un sociologue de combat*, París, Les éditions Textuel, 2003. Esta última etiqueta significa adquirir un compromiso: a) observar límites en la obra de Bourdieu, que dista de ser contemplada como un bloque unitario; b) asumir que tal obra tiene un potencial desarrollo; c) plantear la pertinencia de tal desarrollo para explicar nuestra realidad; d) mostrar alguno de los logros de tal desarrollo.

² Véase, como ejemplo más patente de estas posiciones, J. Verdès-Leroux, *Le Savant et la politique. Essai sur le terrorisme sociologique de Pierre Bourdieu*, París, Grasset, 1998.

cimiento y, en este sentido, una epistemología.

Desde este punto de vista, el autoanálisis de un sociólogo es concreción ejemplar de una sociología del autoanálisis. Hacer sociología se convierte en la reflexión de las posibilidades para hacer sociología. Aun cuando tal reflexión quede sujeta a las vivencias del analista. ¿Qué gana la sociología y las ciencias sociales en general con las vivencias, en este caso en clave de justificación, de un sociólogo?

Partamos de la imposibilidad del autoanálisis. También de que el propio autor dice renegar de la autobiografía, que es a lo que más se parece el texto. El margen de decisión favorable a la lectura del texto se estrecha a una minúscula rendija. Tal vez suficiente para alimentar cierta morbosa curiosidad sobre la vida de un intelectual de referencia, seguido y rechazado, atacado y defendido. Pero es la lectura menos interesante. Más atractivo, por la intensidad, y más angustioso es leer el texto como las confesiones de una sociología moribunda. La *progresiva regresión* narrativa hasta los orígenes (profesionales, en Argelia; familiares, en Béarn, pasando antes por el recuerdo del servicio militar) evoca constantemente el sentimiento de muerte próximo. Es una vuelta a los orígenes de quien se sabe en el final. Vayamos a los orígenes.

Nuestro sociólogo empieza como filósofo. Dedicación notable. Aristocrática en el campo intelectual. Aquí la unidad de análisis, de autoanálisis, es la generación. El colectivo resultante de un corte en el tiempo —la edad en la que recibieron las mismas influencias (Sastre)— y en el territorio (Francia). Se está con la generación o frente a la generación, donde dice situarse Bourdieu. En la personalización de esta trayectoria disciplinar, la sociología es una disciplina dominada, modesta ciencia por necesidad de las alturas que requiere la filosofía. La so-

ciología se constituye en una ciencia plebeya, con una metodología plebeya: material, empírica, destinada a trabajar con el cuerpo, en la que el cuerpo del analista se «ensucia» con la realidad. Lo que otros *quieren ver* desde las alturas, la sociología requiere tomarlo de los *bajos fondos* de la realidad cotidiana. Para alimentarse, tiene que ir a la cocina, metáfora por antonomasia de esta ciencia plebeya, tanto a las miradas intelectuales y las miradas científicas. Miradas, respectivamente de exquisito *gourmet* y de pulcra bata blanca, de procedimientos precocinados, neutralizados, congelados y estandarizados, que tienden a eludir el paso por la cocina. ¿Qué lugar tiene hoy una cocina, irremediadamente sujeta a espacios locales, en procesos donde se impone la comida estandarizada, precocinada y, sobre todo, desvinculada su producción de los espacios de su consumo?

El ascenso académico de un estudiante de la periferia —de provincias, diríamos aquí— es algo más que una relación entre territorios o un personal viaje de iniciación. Se convierte en símbolo de una disciplina por ganarse un espacio en el campo intelectual y su condena a lo que el autor denomina *doble distanciamiento*, a carecer de un lugar propio. La incomodidad con que es aceptada la sociología procede de la incomodidad de su mirada: resulta incómoda y surge de perspectivas y situaciones incómodas, propias del traqueteo del viaje continuo. Cada investigación exige, por ello, plantearse las condiciones que la permitieron, que la dieron un lugar desde donde mirar, cuando carece de lugar. Es más, cuando lo tiene conviene sospechar. Mejor aún, marcharse. Tal vez, antes de que expulsen o institucionalicen (otra forma de expulsión) a la disciplina. Vital energía discursiva para sociólogos con tentación a la desertión. ¿No es la sociología, especialmente la autollamada crítica, un constante ejercicio de desertión? Por ello, como reconoce el

propio Bourdieu, sólo cabe dedicarse a la sociología a título provisional (página 61).

Una deserción que puede vivirse como traición de la relación con quienes permitieron la mirada. Aquí Bourdieu reconoce con afecto el benefactor papel de quienes, institucionalizados o consagrados en el campo intelectual, ayudaron a su trayectoria: Sastre (apoyo como modelo de ejercicio intelectual), Canguilhem (apoyo como modelo del ejercicio de pensar), Aron (apoyo como modelo de ejercicio institucional). Condena a relaciones ambivalentes, condensada especialmente con la figura de Michel Foucault, con quien traza caminos que son, a la vez, paralelos y tan distantes como la separación que se traza entre filosofía y sociología. Rendición de cuentas que, también, va en el otro sentido, hacia quienes se preocuparon por la institucionalización con referencia en la sociología, como muestra la referencia a Raymond Boudon: «*jefe de la delegación francesa de su [de Lazarsfeld] multinacional científica*» (página 106).

Cuando Bourdieu realiza el repaso de sus investigaciones, se detiene especialmente en las argelinas, muy vinculadas ahora a sus experiencias de la «mili», y en su trabajo de campo en Béarn, recurrente en sus últimas publicaciones hasta alcanzar el carácter de signo y forma de investigación. Regresa, otra vez, a *Le bal des célibataires*.

Publicado parcialmente en distintas revistas, desde un primer texto que apareció en 1960, *Le bal des célibataires* es un libro donde está presente, a la vez, la iniciación y la madurez intelectual, profesional y metodológica de Bourdieu. Permite la reflexión sobre la relación entre proceso vital y proceso de objetivización científica, y sobre cómo la profundización teórica permite mayor profundización empírica y está, la mayor profundización teórica. Así, pasados cuarenta años, se pone en contacto la construcción teórica del autor con los materiales de sus inicios. El

último libro publicado en vida de Bourdieu es el que parte de sus primeros trabajos empíricos. Para algunos, tal vez una especie de autohomenaje. En cualquier caso, un homenaje a la sociología entendida como proceso continuo de conocimiento del sujeto del conocimiento, pues ha de entenderse principalmente como un libro sobre el sujeto de la investigación.

En *Le bal des célibataires*, se analiza la crisis del orden social campesino a través de cómo algo que aparece alejado de las condiciones materiales, como son las relaciones matrimoniales entre grupos sociales, está condicionado por la estructura de propiedad y disponibilidad de bienes y recursos. El baile es la escenificación de una sociedad, de una estructura social que es, fundamentalmente, una estructura económica. El baile es un mercado matrimonial donde los solterones experimentan una notable devaluación. Aquí nos encontramos con un Bourdieu en pleno ejercicio antropológico.

Los *solterones*, en cuanto solteros a los que se les ha pasado la edad del matrimonio, son los no primogénitos de familias numerosas y pobres de la región francesa de Béarn. El porcentaje de estos *solterones* crece regularmente a medida que se va hacia las clases inferiores. Ahora bien, aun cuando algunos son pobres que no podían ni salir del entorno familiar, atados al escaso patrimonio familiar, la crisis de una forma de la sociedad se muestra porque afecta también a los que ocupan las posiciones relativamente mejor de la misma. Muestra, entonces, de ser una sociedad dominada.

Condenados al patrimonio agrario y su devaluación, de la misma manera que, como señala Marx, el primogénito es el esclavo de la institución del mayorazgo. *Solterones* que son, también, quienes transgreden la imposición de los padres a tal reducción de posibilidades, marchándose del lugar familiar, pretendiendo a alguna interesante heredera. Son los con-

denados a ser calificados de pretenciosos ante el menor atisbo de ambición. Todo el sistema social aparece como un sistema de protección de los patrimonios familiares. Un sistema donde, en principio, los primogénitos compiten con gran ventaja, mientras que los varones menores son sus víctimas. Las mujeres, todavía en una posición más subordinada, optan por irse a la ciudad, donde, además de abrirse la posibilidad de cierta movilidad social, pueden huir de una sociedad que «ya conocen demasiado bien».

Desde tal sistema social, el matrimonio es un asunto familiar, no individual, proyectándose sobre el conjunto de instituciones y comportamientos: desde la rígida segregación de sexos, hasta los anuncios de boda, pasando por casamientos. La relación entre sexos hace que la relación entre ellos esté falta de naturalidad y libertad. Cuando la ley es la evitación ¿cómo acercarse? Una ley que adquiere sentido en una sociedad nada dispuesta a la transgresión de la regla de la unidad del patrimonio.

Las pocas posibilidades de encuentro con el otro sexo que tienen los *solterones* se encuentran en el baile. Una situación en la que tradicionalmente se encontraban con escasas posibilidades de control —no era su sitio— y que, en los momentos de la observación empírica, ya aparece perdida a favor de los muchachos de la ciudad, que acuden a los bailes campesinos con toda la partida a su favor, desde el *saber estar* y *relacionarse*, hasta su propia revalorización simbólica por el simple hecho de no ser campesino. Los *solterones* se saben perdedores antes de jugar, que es la peor manera de enfrentarse a un juego, pues anticipan la derrota: se retiran del baile, como, poco a poco, la ausencia de descendencia, de futuro, hace que apenas haya motivaciones para trabajar con ahínco la propiedad agraria. La soltería es así efecto y causa de la decadencia de la propiedad agrícola.

La segunda parte de la obra está dedicada a las estrategias matrimoniales, desarrolladas bajo el concepto que ha quedado intrínsecamente unido a la figura de Bourdieu: *habitus*. Esa especie de Dasein sociológico, pues si el Dasein heideggeriano es la existencia humana³, el *habitus* es la existencia material y social. Una segunda parte que repite estructuras de la primera, como la del muchacho que abandona, en contra de su voluntad, a la mujer amada, para terminar desgraciadamente casado y sin hijos, mostrándose así como la presión de la regla por mantener el patrimonio puede llevar, paradójicamente, a la pérdida del patrimonio. Bourdieu se sitúa en las excepciones a la regla —hacer cumplir la regla para terminar incumpléndose— para destacar su fuerza sobre su aparente debilidad.

La tercera parte es la destinada a dar cuenta de la actualización de los textos. Por un lado, las transformaciones teóricas experimentadas, en la explicación. Por otro, las de la propia realidad, la de los propietarios agrarios de Béarn. A dar cuenta de cómo ha quedado subordinada a un mercado unificado. Como en el caso de la unificación del mercado matrimonial, con el que se hacen homologías, en el de la unificación del mercado económico tienen la batalla perdida. Los agentes dominantes, como los chicos de ciudad, pueden acudir a todos los mercados; mientras que ellos están condenados, con su patrimonio, al mercado local.

En muchas de sus páginas, se abre el texto hacia la simpatía por estos *solterones*, hacia los perdedores. El lector con cierta edad y orígenes en la sociedad campesina, puede encontrar imágenes que parecen sacadas de su propia memoria. Pero es un sentimiento regresivo, sin proyección en acciones. Es más, hasta la

³ Véase M. Heidegger, *Ser y tiempo*. Madrid: Trotta, 2003, según la traducción de Jorge Eduardo Rivera.

toma de conciencia de su decadencia no hace más que ahondar la misma: profecía destinada a autocumplirse.

Al final del texto, la tesis que puede considerarse más fuerte, que, derivada de las páginas anteriores, obliga a mirarla de otra manera. Da un nuevo sentido al texto, en una doble acepción: a) aporta una interpretación de lo dicho en una dirección, que tal vez no pudiera estar previamente en el lector; b) justifica la novedad de un texto que, en la mayor parte de los materiales aportados, estaba ya visto. Una tesis destinada a la polémica política y metodológica, si es que pueden separarse: las clases dominadas no hablan, son habladas. Un dardo contra las posiciones de, entre otros, Grignon y Passeron, aun cuando, como es también parte definitoria del estilo de Bourdieu, deje vacía la casilla de referencias —favorables o críticas— a los sociólogos franceses contemporáneos. Agudos dardos contra los más cercanos, por generación, afinidad ideológica y preocupaciones intelectuales, y, a la vez, más potentes críticos de la obra de Bourdieu.

Todo el *Autoanálisis* puede asumirse como una reflexión metodológica; pero, además, hay apuntes esencialmente metodológicos, como el de la intuición sociológica a partir de una frase de la madre del autor e investigador. Algo que nos lleva a un método: la escucha constante. En todo lugar, atención flotante para la toma de material para la investigación.

Todo sociólogo encontrará momentos con los que identificarse. Tantos como imágenes de la profesión que puede llegar a rechazar, si forma parte de la corriente más institucionalizada. También pueden encontrarse sentencias estupendas, que dibujan realidades cercanas, como, por ejemplo, estas dos en la misma página (página 35): «*vivir intelectualmente por encima de sus posibilidades*» o «*malversación de fondos culturales*». En definitiva, una obra personalmente necesaria. Pero también necesaria para una profesión que también parece cerca de cierto final, pues ayuda a reconciliarse con ella.

Javier Callejo